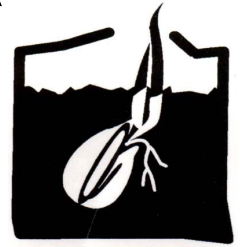


4.º domingo de Cuaresma A

La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón. (1 S 16,7)



Primera lectura

1 Samuel 16,1b.6-7.10-13a

En aquellos días, dijo el Señor a Samuel: – Llena tu cuerno de aceite y vete. Voy a enviarte a Jesé, de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí.

Cuando se presentó vio a Eliab y se dijo: "Sin duda está ante el Señor su ungido".

Pero el Señor dijo a Samuel: – No mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo le he descartado. La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón.

Hizo pasar Jesé a sus siete hijos ante Samuel, pero Samuel dijo: – A ninguno de éstos ha elegido el Señor.

Preguntó, pues, Samuel a Jesé: – ¿No quedan ya más muchachos?

El respondió: – Todavía falta el más pequeño, que está guardando el rebaño.

Dijo entonces Samuel a Jesé: – Manda que lo traigan, porque no comeremos hasta que haya venido.

Mandó, pues, que lo trajeran; era rubio, de bellos ojos y hermosa presencia.

Dijo el Señor: – Levántate y úngelo, porque éste es.

Tomó Samuel el cuerno de aceite y le ungió en medio de sus hermanos.

Segunda lectura

Efesios 5,8-14

Hermanos y hermanas: En otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz (toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz) buscando lo que agrada al Señor, sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien poniéndolas en evidencia. Pues hasta ahora da vergüenza mencionar las cosas que ellos hacen a escondidas. Pero la luz, denunciándolas, las pone al descubierto, y todo lo descubierto es luz. Por eso dice: "Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz".

Evangelio

Juan 9,1.6-9.13-17.34-38

En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: – Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado).

El fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: – ¿No es ése el que se sentaba a pedir?

Unos decían: – El mismo.

Otros decían: – No es él, pero se le parece.

El respondía: – Soy yo.

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. (Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos.) También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista.

El les contestó: – Me puso barro en los ojos, me lavé y veo.

Algunos de los fariseos comentaban: – Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado.

Otros replicaban: – ¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?

Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: – Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?

El contestó: – Que es un profeta.

Le replicaron: – Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?

Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: – ¿Crees tú en el Hijo del hombre?

El contestó: – ¿Y quién es, Señor, para que crea en él?

Jesús le dijo: – Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es.

El dijo: – Creo, Señor. Y se postró ante él.

Meditación

Yo soy la luz del mundo. Ya conocemos esta afirmación. Ahora vuelve a repetirse la misma afirmación con una demostración práctica, dando la vista a un ciego de nacimiento.

Hablar de la luz indica algo más profundo que describir una iluminación. Algo parecido tenemos en nuestra historia. Como es habitual en Juan, la discusión o el discurso que sigue al signo tiene como finalidad poner de relieve el verdadero sentido y alcance del signo en cuestión. Y todo ello con una clara intención cristológica, describir el significado de la persona de Jesús. Porque la cristología, el ser de Jesús, está inseparablemente unida a la soteriología, lo que Jesús significa para el hombre.

Los protagonistas de la escena son Jesús, el ciego, sus padres y los fariseos. La discusión o intercambio de palabras de Jesús con todos ellos tiende a manifestar el simbolismo del signo realizado: el "ver" es símbolo de la fe. La escena alcanza su punto culminante en el: "Creo, Señor, y se postró ante él."

Jesús es la luz. Pero nuestra historia acentúa otro aspecto sumamente interesante. La presencia de la luz implica un juicio. La fe tiene como contrapartida la incredulidad: unos aceptan la fe, otros la rechazan. Así surge otro centro de interés en la narración que se halla clarificado por la pregunta de los fariseos: "¿También nosotros somos ciegos?", y la respuesta de Jesús: "Si fuéis ciegos, no tendríais culpa, pero como decís 'vemos', vuestra culpa es mayor".

El segundo centro de interés, el del juicio, se expresa con toda claridad en estas palabras de Jesús: "Yo he venido al mundo para un juicio, para que los que no ven vean y los que ven se vuelvan ciegos".

Esta afirmación enigmática es clara en cuanto a su intención. Jesús vino para traer la luz (la fe, la salvación) a los que no ven, es decir, a los pecadores; y la ceguera (la incredulidad, la condenación) a los que ven, a los fariseos. Los fariseos entendieron perfectamente el enigma pronunciado por Jesús.

Una de las palabras empleada muy frecuentemente para designar el bautismo en la primitiva Iglesia fue la de "iluminación". Los paralelos entre la narración y el bautismo cristiano resultan fáciles de descubrir. Mediante el bautismo se produce una nueva creación. Tiene lugar una nueva iluminación.

El poder de Cristo es transformante, al hombre lo hace diferente de lo que era antes de la "iluminación" o regeneración.

4.º domingo de Cuaresma A

La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón. (1 S 16,7)



Primera lectura

1 Samuel 16,1b.6-7.10-13a

En aquellos días, dijo el Señor a Samuel: – Llena tu cuerno de aceite y vete. Voy a enviarte a Jesé, de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí.
Cuando se presentó vio a Eliab y se dijo: "Sin duda está ante el Señor su ungido".
Pero el Señor dijo a Samuel: – No mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo le he descartado. La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón.
Hizo pasar Jesé a sus siete hijos ante Samuel, pero Samuel dijo: – A ninguno de éstos ha elegido el Señor.
Preguntó, pues, Samuel a Jesé: – ¿No quedan ya más muchachos?
El respondió: – Todavía falta el más pequeño, que está guardando el rebaño.
Dijo entonces Samuel a Jesé: – Manda que lo traigan, porque no comeremos hasta que haya venido.
Mandó, pues, que lo trajeran; era rubio, de bellos ojos y hermosa presencia.
Dijo el Señor: – Levántate y úngelo, porque éste es.
Tomó Samuel el cuerno de aceite y le ungió en medio de sus hermanos.

Segunda lectura

Efesios 5,8-14

Hermanos y hermanas: En otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz (toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz) buscando lo que agrada al Señor, sin tomar parte en las obras estériles de las tinieblas, sino más bien poniéndolas en evidencia. Pues hasta ahora da vergüenza mencionar las cosas que ellos hacen a escondidas. Pero la luz, denunciándolas, las pone al descubierto, y todo lo descubierto es luz. Por eso dice: "Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz".

Evangelio

Juan 9,1-41

En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: – Maestro, ¿quién pecó: éste o sus padres, para que naciera ciego?
Jesús contestó: – Ni éste pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día tengo que hacer las obras del que me ha enviado: viene la noche, y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo.
Dicho esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: – Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado).

El fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: – ¿No es ése el que se sentaba a pedir?

Unos decían: – El mismo.

Otros decían: – No es él, pero se le parece.

El respondía: – Soy yo.

Y le preguntaban: – ¿Y cómo se te han abierto los ojos?

Él contestó: – Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en los ojos y me dijo que fuese a Siloé y que me lavase. Entonces fui, me lavé, y empecé a ver.

Le preguntaron: – ¿Dónde está él?

Contestó: – No sé.

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. (Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos.) También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista.

El les contestó: – Me puso barro en los ojos, me lavé y veo.

Algunos de los fariseos comentaban: – Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado.

Otros replicaban: – ¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?

Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: – Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?

El contestó: – Que es un profeta.

Pero los judíos no se creyeron que aquél había sido ciego y había recibido la vista, hasta que llamaron a sus padres y les preguntaron: – ¿Es éste vuestro hijo, de quien decís vosotros que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?

Sus padres contestaron: – Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego; pero cómo ve ahora, no lo sabemos nosotros, y quién le ha abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos. Preguntádselo a él, que es mayor y puede explicarse.

Sus padres respondieron así porque tenían miedo a los judíos; porque los judíos ya habían acordado excluir de la sinagoga a quien reconociera a Jesús por Mesías. Por eso sus padres dijeron: "Ya es mayor, preguntádselo a él".

Llamaron por segunda vez al que había sido ciego y le dijeron: – Confíesalo ante Dios: nosotros sabemos que ese hombre es un pecador.

Contestó él: – Si es un pecador, no lo sé; sólo sé que yo era ciego y ahora veo.

Le preguntan de nuevo: – ¿Qué te hizo, cómo te abrió los ojos?

Les contestó: – Os lo he dicho ya, y no me habéis hecho caso; ¿para qué queréis oírlo otra vez?, ¿también vosotros queréis haceros discípulos suyos?

Ellos lo llenaron de improperios y le dijeron: – Discípulo de ése lo serás tú; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios, pero ése no sabemos de dónde viene.

Replicó él: – Pues eso es lo raro: que vosotros no sabéis de dónde viene y, sin embargo, me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, sino al que es religioso y hace su voluntad. Jamás se oyó decir que nadie le abriera los ojos a un ciego de nacimiento; si éste no viniera de Dios, no tendría ningún poder.

Le replicaron: – Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?

Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: – ¿Crees tú en el Hijo del hombre?

El contestó: – ¿Y quién es, Señor, para que crea en él?

Jesús le dijo: – Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es.

El dijo: – Creo, Señor.

Y se postró ante él. Dijo Jesús: – Para un juicio he venido yo a este mundo: para que los que no ven vean, y los que ven se queden ciegos.

Los fariseos que estaban con él oyeron esto y le preguntaron: – ¿También nosotros estamos ciegos?

Jesús les contestó: – Si estuvierais ciegos, no tendríais pecado, pero como decís que veis, vuestro pecado persiste.